



II CERTAMEN DE
RELATO CORTO



CASINO DE DALIAS



GANADOR ACCÉSIT LOCAL

Título: EL ÁRBOL TRUNCADO

Autora: María Dolores Lozano Martínez






Sobre la autora...

María Dolores Lozano Martínez reside en Almería.

María Dolores es autora de varios escritos, aunque todos ellos presentados en el ámbito universitario, siendo este relato el primer relato premiado por una entidad que no sea la Universidad de Almería.



Además, María Dolores participa activamente en actividades de la UAL y colabora con algún programa radiofónico.



EL ÁRBOL TRUNCADO

María Dolores Lozano Martínez

EL ÁRBOL TRUNCADO

La idea llevaba tiempo rondándome la cabeza, pero nunca me decidía. Me parecía un trabajo al que había que echarle bastantes horas y eso me frenaba, pues mi vida iba prácticamente cronometrada, como en una carrera contra reloj, por lo que cualquier trabajo que se saliera de la rutina, significaba quitarme horas de sueño.

A pesar de todo, siempre, en mi día a día, he encontrado un hueco para la lectura. Esta afición se ha ido acrecentando con el tiempo, bien por esas horas muertas del turno de noche o por mi carácter algo introvertido, pero curioso y soñador. He notado como, a través de los libros, mi vida se enriquecía; situaciones o aventuras que jamás tendría oportunidad de vivir; países lejanos que nunca visitaría pero que, gracias a los libros, ya formaban parte de mi existencia. Sin ellos, mi vida sería mucho más aburrida.

Ahora, después de tantas horas e historias compartidas, asumo complacida, que se han convertido en unos viejos y fieles amigos.

Albergando estos sentimientos, no es de extrañar que, a lo largo de los años, haya acumulado cientos de libros: los heredados, los regalados, que han sido muchos, pues los que me conocen saben que es el mejor obsequio que me pueden ofrecer, y, por supuesto, todos los que yo me he comprado.

Como consecuencia, vitrinas repletas de libros se reparten por todas las habitaciones de mi hogar, por lo que buscar un libro determinado, a veces, resulta una tarea ingente, de ahí la labor, siempre pendiente, de querer catalogarlos.

Por unos motivos o por otros, siempre lo posponía, hasta que, en las vacaciones del 2015, un día, después de desayunar, dije: ¡De hoy no pasa! y me puse a clasificar y ordenar mis queridos libros.

Empecé por los más antiguos, aquellos que me traje de casa de mis padres, entre ellos, había una colección de Zane Grey, un autor estadounidense, que escribía novelas del oeste. Los

descubrí un invierno, tenía 11 años, y tuve que guardar reposo a consecuencia de unas fiebres reumáticas, estaba tan aburrida, sin poder ir al instituto y sin mis inseparables amigas, que aquellas aventuras del jinete misterioso fueron mi salvación, pues me ayudaron a pasar esa larga y tediosa temporada, e incluso a dar el salto de los tebeos a los libros; también, una recopilación de autores básicos de Salvat, con la que mi familia comenzó a hacer su propia biblioteca, y otra colección: Literatura contemporánea de Seix Barral, todas ellas me encaminaron y guiaron hacia esta afición que tanto me ha aportado.

Llevaba media mañana, enzarzada en mi tarea, cuando al sacar una tanda de libros, del interior de uno de ellos, se cayó una fotografía. En ella, se veía una joven, estaba delante de una mansión burguesa, y llevaba puesto un bonito traje largo y una máscara que realzaba, aún más, unos hermosos ojos claros, aunque el resto del rostro quedaba oculto, como si se dispusiera a acudir a un baile de disfraces, detrás solo ponía “Perdóname” y, un año, 1911. Me resultó familiar, pero no sabía por qué. Lo que verdaderamente me intrigó, fue la palabra que llevaba escrita en el reverso. La guardé en el bolsillo de la bata y seguí con mi trabajo. Más tarde, me acordaría...

Mis abuelos, desde que yo recuerdo, han formado parte de mi núcleo familiar. Cuando a mi padre que trabajaba en RENFE, por fin, le dieron el, tan ansiado, traslado a su tierra, nos instalamos en la casa donde vivían mis abuelos y mi tío Antonio, que aún estaba soltero. La casa era grande, pues era un palacete de principios del siglo XX, propiedad de unos marqueses. Mis abuelos eran los encargados de su cuidado, pues los dueños solo pasaban cortas temporadas en verano, a cambio ellos vivían en la planta baja, mi abuelo hacía de jardinero y mi abuela se ocupaba de mantener la mansión a punto. A los dueños no les importó, pues conocían desde hacía mucho tiempo a mi familia, así que nos pudimos acomodar con facilidad nosotros cuatro, mis padres, mi hermano y yo, que tendría poco más de un año.

Más tarde, mi tío se casaría y nosotros nos quedamos, definitivamente, con ellos, pues, estaban mayores y sobre todo mi abuelo estaba muy delicado de salud. Sufría unos horribles ataques de asma, sobre todo por las noches. Ellos querían a mi madre como a una hija y ella los trataba como si lo fuera.

Entre todos lograban mantener la mansión a punto, disfrutando de las ventajas que nos daba vivir en el centro, y muy cerca del mar, gozando, a la vez, de su hermoso jardín.

Cuando con los años, nosotros nos mudamos a un piso nuevo, ellos se vinieron con nosotros. Convivimos, hasta su muerte.

Mi abuelo cuidaba de mí cuando era pequeña, me llevaba y me recogía del colegio, me sacaba al parque que estaba muy cerquita, otras veces, paseábamos por el puerto viendo los barcos y a los pescadores, casi todos amigos, con los que se paraba un rato a charlar, mientras yo intentaba atrapar, sin conseguirlo, los peces que habían capturado y que mantenían en un cubo con agua. Para finalizar, me compraba alguna chuchería, en un carrito que se ponía al lado del Banco de España. Era como se solía decir “su ojillo derecho” y, siempre, andaba pegada a él. A mí, entonces me llamaba la atención, esa pequeña foto color sepia, vieja y desgastada, que mi abuelo llevaba en su cartera. Tendría seis o siete años, y yo la asociaba con las princesas de mis cuentos, pues las personas de mi entorno, no vestían así, y, claro, insistía en saber quién era. Él sonreía, cambiaba de conversación, y al final nunca me lo decía, pues seguro que pensaba que era demasiado pequeña, lo que incrementaba, aún más mi curiosidad.

Ya anciano, cuando pensaba que nadie lo observaba, sacaba la foto con cuidado, la miraba largamente, y, con mucha delicadeza, la volvía a poner en su lugar. Posteriormente, la guardaba en un bolsillo del chaleco, muy cerquita del corazón.

Ya adolescente, con las hormonas en plena efervescencia, en esa etapa, en la que el romanticismo lo llenaba todo, llegué a una conclusión: se trataba de un antiguo amor, al que

no había olvidado. Contenta, con la creencia, de haber resuelto el misterio, la identidad de esa dama, dejó de interesarme.

Tras su muerte, este detalle, como tantos otros, cayeron en el olvido.

Desde la reaparición de la foto, la identidad de esa misteriosa joven hizo, otra vez, volar mi imaginación. Ya en un principio, descarté esa primera hipótesis: imposible que fuera una antigua novia, puesto que mi abuelo nació justo en ese año...en fin, tendría que indagar entre mi familia, pues estaba dispuesta a resolver ese enigma.

Una de esas mañanas, en las que quedaba a desayunar con mi hermano, saqué el tema y le enseñé la foto. Él no sabía quién podría ser, pero me dijo que quizás fuese el hilo del que podríamos tirar para llegar a averiguarlo, pues cuando murió mi abuelo, arreglando los papeles de su defunción, descubrió que había sido adoptado. Cuando se fue, se llevó el retrato, pues dijo que el edificio que se veía al fondo, creía haberlo visto en algún sitio, Quedamos en vernos a la mañana siguiente.

Jamás, hubiese pensado en esa posibilidad, pues mi abuelo siempre hablaba de sus padres con mucho respeto y cariño. De hecho, nos contaba en muchas ocasiones, cómo había transcurrido su niñez en Sierra Alhamilla, ayudando a su padre con el rebaño de ovejas, y cuidando su pequeño huerto. También nos hablaba del entorno tan hermoso en el que creció, desde donde se podía divisar, a lo lejos, toda la bahía de Almería, incluso, elogiaba sus baños termales de los que emanaban aguas medicinales, y nos decía que eran muy antiguos y conocidos, pues siempre estaban muy concurridos, sobre todo, eran visitados por gran parte de la burguesía almeriense. Lo recordaba como una época feliz. Nos explicaba que su madre lo tuvo ya mayor, cuando ya creía que no podría traer hijos al mundo, por lo que su llegada fue una verdadera bendición. No tuvo hermanos y creció sintiéndose un niño muy querido. Él se fue a la capital, cuando su madre murió. Tenía veinte años, su padre había fallecido seis años antes, entonces vendió lo poco que tenía y se trasladó a Almería.

Ya en la capital, se colocó de camarero en el Casino, donde conocería a mi abuela Dolores, que trabajaba allí de cocinera, con la que se casaría y tendrían cinco hijos, entre ellos, mi padre. Aquí estarían hasta terminada la guerra civil, pero la escasez y penurias de la posguerra, los hizo trasladarse a un cortijo de la vega de Abruena, donde, al menos, se libraron del hambre.

Allí, estuvieron casi diez años. Mis padres se conocieron y enamoraron en este pueblo, pues toda mi familia materna es originaria de esta zona.

Cuando a mis abuelos les surgió la oportunidad de cuidar el palacete de unos marqueses en la capital, lo aceptaron y se trasladaron inmediatamente, pues consideraban que en Almería había mejores posibilidades para el futuro laboral de sus hijos.

Ninguno de mis tíos vivía, por lo tanto, no podía preguntarles y con mis primos jamás habíamos hablado de este asunto, por lo que intuía que, al igual que yo, no sabían nada. El único familiar más antiguo vivo, que quizás tuviera conocimiento de esto, era una prima de mi padre, hija de una hermana de mi abuela, que rondaba los noventa y tantos. Yo la visitaba de vez en cuando, por lo que pensé que, en cuanto tuviese ocasión, iría a verla.

Al día siguiente, vino mi hermano y me trajo los papeles que él había encontrado y guardado. Me pidió que fuera discreta, pues así lo había querido nuestro padre y, sobre todo, mi abuelo.

De esa manera, me enteré que fue abandonado en el torno de la casa cuna del Hospital de Santa María Magdalena de Almería. En aquellos tiempos, como he podido averiguar, los responsables del establecimiento, estaban obligados por ley a garantizar el anonimato, pero dando la posibilidad a los familiares de recuperar al niño, por eso, cuando los abandonaban, a muchos, los dejaban con algún objeto que luego pudiera ayudar a identificarlos. Esta institución asilar para la acogida de niños y niñas abandonados se encargaba de su lactancia y educación, así como de su posible adopción. Cuando esto último no era posible, se les ponía el apellido “Expósito”, esto implicaba no tener linaje, ni apellido propio, lo que equivalía a

“ser nadie” de cara a la sociedad y donde, solo por este motivo, muchas puertas se les cerraban. Profesiones de honra y provecho como los que ejercían de cura párroco, maestro o edil, escapaban de sus posibilidades. Este veto también afectaba a sus descendientes. De marginado por nacimiento, pasaba a serlo profesionalmente. De ahí que las familias que los adoptaban, guardaran tan celosamente el secreto de su origen. Estas instituciones, así como las personas que los cuidaron, libraron a muchos pequeños de una muerte segura. La nodriza era imprescindible en la vida de los niños acogidos, pues dependían de la lactancia natural para sobrevivir. Eran abandonados por falta de recursos, por haber nacido fuera del matrimonio o por ser hijos de madres solteras, también por el temor al rechazo de su familia y otras, obligadas por ellas, temiendo ser pasto de las críticas de esa estricta sociedad en la que vivían. El hecho de entregarlos a una Casa de Caridad, les tranquilizaba las conciencias, puesto que una vez acogidos en la Casa de Dios, sería Él, el que determinara su futuro. Algunos, como en el caso de mi abuelo, tuvieron suerte, pero fueron muchos los que se criaron en el hospicio, o que, recogidos por familias, no fueron reconocidos legalmente y se tuvieron que enfrentar al mundo con “Expósito” como único apellido, logrando salir adelante, eso sí, con bastantes más dificultades.

Mi padre, según mi hermano, lo sabía al igual que el resto de mis tíos, pues mi abuelo se lo había contado, pero les pidió que no lo comentaran, que lo mantuvieran en secreto, por lo que pudiera repercutirles para su vida laboral y eso hicieron.

En ese momento, mi hermano y yo, nos dimos cuenta de que nuestro árbol genealógico, había quedado truncado, pues nos sería muy difícil, por no decir imposible, averiguar la procedencia de mi abuelo. Para nosotros, no era algo fundamental, pero si nos dejaba ese regusto amargo, de no saber exactamente la ascendencia de una parte importante de nuestra familia, que hasta hacía muy poco, estaba segura de conocer.

Tal y como había decidido, fui a visitar a la prima de mi padre, nosotros le llamábamos la tía Josefa, pues ella era hija única y había estado muy unida a sus primos. Vivía con su hija, que estaba viuda y sus dos nietos. Como siempre que nos veía, nos recibió con dos grandes y sonoros besos y quejándose de lo poco que nos prodigábamos por su casa. Después de un rato, y de haberla puesto al día de todas las novedades de nuestra familia, decidí decirle directamente lo que había averiguado y preguntarle si ella sabía algo. Se quedó callada durante largo rato y luego empezó a hablar:

-Mira sobrina, a mí algo me comentó mi madre, pues entre las hermanas se contaban sus confidencias, pero yo nunca lo he hablado con nadie, ni siquiera con mi hija. No por nada especial, ni siquiera por guardar el secreto, sino, porque lo tenía olvidado completamente. Según ella, tu abuelo se enteró de que era adoptado cuando murió su padre. Su madre le dijo que ya se habían resignado a no tener hijos, cuando recibió la visita de una sobrina, que tuvo la desgracia de que su primer hijo muriera al nacer, y ella, mientras tuvo leche, estuvo haciendo de nodriza para la Casa cuna, pues a pesar de su pena, sabía que esa leche era muy importante para que esos niños sobrevivieran. Le dijo que, al poco tiempo de ofrecerse como voluntaria, abandonaron a tu abuelo. Ella empezó a amamantarlo desde el primer momento y le tomó muchísimo cariño, tanto que quería prohijarlo, pero su marido pensaba que eran muy jóvenes y estaba seguro de que vendrían más hijos, como así fue, pues a los dos años, se quedó otra vez embarazada. Entonces, ella se acordó de sus tíos, ya mayores y sin descendencia. Eran muy cariñosos y buena gente, pues de niña solía pasar algunas temporadas con ellos, no lo pensó dos veces, y se presentó en Sierra Alhamilla. Los convenció fácilmente, pues ellos siempre habían anhelado tener un hijo. Se fueron para Almería con ella, y arreglaron la adopción del pequeño. Cuando volvieron, lo hicieron ya con el niño, al que quisieron como si hubiera sido de su propia sangre. Él, cuando lo supo, tomó la decisión de venirse a Almería, según le contó tu abuela a mi madre, pero por respeto y cariño a quién lo

cuidó, como una verdadera madre, no lo llevó a cabo, hasta después de su muerte. Con este traslado, albergaba el íntimo deseo, de poder estar más cerca de la persona que lo alumbró, con la esperanza de que el destino, algún día, le hiciera tropezar con ella, y poder conocer, al fin, su verdadera identidad. Esto, jamás sucedió, por lo que tu abuelo murió con esa pena.

- ¿Y no sabes nada de una foto?

- ¡Sí!, esa foto se la dieron a sus padres, cuando adoptaron a tu abuelo, pues venía entre su ropa cuando lo abandonaron, también la ropita que traía puesta. Al parecer, era de muy buena calidad, al igual que la que lucía la muchacha, por lo que imaginaron que la madre pertenecía a una buena familia. Además, en aquella época, la mayoría de la gente no sabía leer ni escribir, y, por lo visto, la nota que aparecía en el retrato, estaba escrita con muy buena letra. Después de esto, me fui a casa, deseando contarle a mi hermano todo lo que había averiguado. Llegados a este punto, nos estancamos, pues no sabíamos qué hacer, ni por donde seguir avanzando.

Pasó bastante tiempo, hasta que pudimos averiguar un poco más... casi tres años. Estaba mi hermano en su casa con un buen amigo y salió a relucir la historia de la enigmática foto, pero sin contarle nada referente a la vida de mi abuelo. Le comentó que le parecía conocido el edificio que se veía al fondo, pero que no había podido identificarlo. El amigo que, por su trabajo, se pateaba muchos de los pueblos de la provincia, se brindó a ojearla y mi hermano se la enseñó. Él era de Dalias y cuando la vio, se quedó un poco perplejo y dijo:

-Mira Pepe, no estoy seguro al cien por cien, porque el Casino de mi pueblo desde que se hizo sobre unos terrenos que se compraron a la familia de los Venturas, hasta llegar a ser lo que es hoy, ha sufrido muchas modificaciones, pero yo creo que sí, si me dejas echarle una foto con el móvil, te lo podría confirmar, cuando vaya a mi pueblo.

Mi hermano le dijo que no tenía inconveniente y así quedó la cosa. Tampoco a mí, me quiso decir nada, hasta no tener una respuesta concreta.

Al cabo de unos días, se presentó en mi casa con la foto y me dijo que había verificado que el edificio del fondo era el Casino de Dalías. Con esto, casi podríamos confirmar que nuestra bisabuela, al menos, era de esa zona o alrededores. Hasta aquí llegaron nuestras pesquisas. Ya, resultaba imposible seguir avanzando, así que siempre nos quedaremos con esa incógnita. Lo que sí nos ha permitido todo esto, ha sido sacar unas cuantas conclusiones: que, posiblemente, la madre de mi abuelo pertenecía a una familia burguesa del pueblo o alrededores, pues las ropas del niño y las de la joven de la foto, que creemos era su madre, así lo indicaban; que, seguramente, lo abandonó obligada por las circunstancias, pues de otra manera no le hubiera dejado la foto, con esa frase en la que le pide expresamente que la perdone y que quizás lo hiciera con la secreta intención de que le sirviera como señal para una posible identificación posterior. También, que mi abuelo podía ser el fruto de la relación de ella con algún hombre casado de su clase, o con algún campesino del lugar, con el que la familia no le permitiera su unión. Asimismo, en esa foto se revela, que mi abuelo heredó los ojos claros de su madre, aunque, no sabemos el color exacto de los de ella, él los tenía de un azul cielo, algo que, por el contrario de ahora, no era muy corriente en ese tiempo.

Es cierto que, tras estas averiguaciones, a las que mi abuelo nunca pudo acceder, hemos sentido mucha más curiosidad por este territorio encuadrado en la comarca del Poniente y, perteneciente a la Alpujarra almeriense, que ya conocíamos, pues está a solo media hora de la capital. Algún año, en la tercera semana de septiembre, hemos venido a sus fiestas en honor al Santísimo Cristo de la Luz, declarada de Interés Turístico Nacional y únicas en la provincia, por su fervor religioso y su espectáculo pirotécnico. Ahora, nuestras visitas a Dalías, son con un interés mucho más personal. Estuvimos, no hace mucho, en la Iglesia de Santa María de Ambrox , donde se encuentra el Santo Cristo de la Luz y, también, el único santo nacido en la provincia de Almería, el Padre Rubio, al que, curiosamente, mi abuela tenía muchísima devoción, desde mucho antes de que fuese santificado. Luego, callejamos hasta llegar al

Casino, declarado Bien de Interés Cultural, una visita indispensable en nuestro paseo, y, actualmente, un centro de actividades sociales y culturales para el municipio. Posteriormente, fuimos al Ayuntamiento, con su torre del reloj y, también, la Fuente del Doctor Domingo Granados. Muy cerquita, en el Restaurante Casa Juan, comimos un delicioso choto al ajillo, una tortilla de présules, que era como mis abuelos les llamaban a los guisantes, y una ensalada de pimientos y tomates a la brasa, todo delicioso. Más tarde, nuestro recorrido transcurrió por distintas fuentes como: la del Deseo, la de la Fe, la de la Plaza del Mercado y la Fuente Peralta. Poco después, descansaríamos, en un banco de una deliciosa glorieta, bajo unos frondosos árboles, en la Plaza Papa Juan Pablo II. Un reconfortante paseo, por un pueblo, que casi habíamos sentido como propio y donde, durante todo el recorrido, sobrevoló el recuerdo de mi abuelo. Esta fue nuestra primera visita a Dalías, sabiendo que quizás, entre su gente, podría haber algún pariente lejano con el que podíamos cruzarnos. De eso... nunca nos enteraríamos.

Consciente como soy, de que, en la historia de nuestra familia, siempre permanecerá esa incógnita, ahora comprendo, mucho más, esa melancolía que se reflejaba en la mirada de mi abuelo, cuando ya anciano, observaba la fotografía, pues sabía que, el tiempo había pasado inexorablemente, y que se iba a morir sin saber, quienes fueron sus verdaderos padres, el motivo por el que lo abandonaron y, mucho más importante, nunca tendría la certeza de si, alguna vez, su madre arrepentida...lo había buscado.

Como veis, otra vez, si bien indirectamente, tengo que agradecerle a mis libros, el haber llegado a conocer, aunque no sea completamente, esta parte ignorada de la historia de mi familia, pero, lo realmente importante, es que hemos confirmado, algo que ya sabíamos y con lo que nos quedamos: que, mi abuelo, esencialmente, era... un “hombre bueno”.